



Edgardo Esteban

LA ÚLTIMA BATALLA

Prólogos de
León Gieco
Hernán Brienza
Pedro Saborido

MAREA
EDITORIAL





Esteban, Edgardo

La última batalla / Edgardo Esteban ; Prólogo de León Gieco ; Hernán Brienza ; Pedro Saborido. - 1a ed, - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2026.

280 p. ; 16 x 23 cm. - (Narrativa / Constanza Brunet)

ISBN 978-987-823-104-4

1. Guerra de Malvinas. 2. Islas Malvinas. 3. Identidad. I. Gieco, León, prolog. II. Brienza, Hernán, prolog. III. Saborido, Pedro, prolog. IV. Título.

CDD A860

Dirección editorial: Constanza Brunet

Edición: Debret Viana

Coordinación editorial: Florencia Acher

Asistencia editorial: Julieta Rojas

Comunicación: Verónica Abdala

Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez

Corrección: Agustina Tullio

MAREA
EDITORIAL

© 2026 Edgardo Esteban

© 2026 Editorial Marea SRL

Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina

Tel.: (5411) 4371-1511

marea@editorialmarea.com.ar | www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-823-104-4

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial

*No sé quién pinta los cuadros en el lienzo de la memoria;
pero sea quien fuere, lo que pinta son cuadros.*

*Con lo cual quiero decir que lo que allí deja con su pincel
no es una copia fiel de todo cuanto ocurre.*

Coloca y quita según sus preferencias.

*¡Cuántas cosas grandes las hace pequeñas,
y cuántas pequeñas las hace grandes!*

*No tiene reparo alguno en poner al fondo
aquello que estuvo en primer término,
ni en traer al frente lo que quedó detrás.*

*En una palabra, pinta cuadros,
no escribe historias.*

*Así, mientras en el exterior de la vida
pasa la serie de los acontecimientos,
dentro de ella se va pintando un juego de cuadros.
Los dos sucesos se corresponden,
pero no son uno.*

Recuerdos

Rabindranath Tagore

La otra batalla

*La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla.*

*Vivir para contarla,
Gabriel García Márquez*

Durante casi cuarenta años no supe nada de ella. Había perdido su rastro en medio del caos de la guerra, del barro, la turba y el miedo. La cédula militar –ese pequeño cartón blanco con mi nombre, mi foto rapada y mi grupo sanguíneo– se había desvanecido como tantas otras cosas que quedaron enterradas en mi historia con Malvinas. Nunca imaginé volver a verla y menos de esta manera.

Una noche de noviembre de 2020, en plena pandemia, el pasado irrumpió sin aviso: estaba en Inglaterra, subastada en un sitio de internet, ofrecida al mejor postor como un trofeo de guerra. Sentí entonces que no era solo un documento lo que se disputaba, sino mi identidad, mi historia y la memoria de todos los que estuvimos allí. La noticia me atravesó como un bombazo: detrás de ese cartón no estaba únicamente mi rostro joven y perdido, sino también la injusticia, la violencia, las ausencias, y el eco de una guerra que nunca termina de irse.

Comenzó así una nueva batalla, distinta a la de las trincheras pero igual de dura: la lucha por recuperar mi cédula militar. Fue un camino de gestiones, cartas, abogados, diplomáticos, periodistas y amigos que se unieron para que ese documento volviera después de años a mis manos. Una travesía que mostró

lo mejor y lo peor: la indiferencia de algunos, pero también la solidaridad inmensa de otros que entendieron que no se trataba solo de mí, sino de la dignidad de un país. La cédula regresó después de tanto tiempo como lo hacen los fantasmas: cargada de silencio, de memoria y de heridas abiertas. Al sostenerla por primera vez, comprendí que no era solo un papel, sino la prueba de que sobreviví, de que **sigo aquí para contar la historia**. Y también el símbolo de que la memoria no se subasta, no se compra ni se vende: se defiende.

Este libro nace de ese regreso, de la certeza de que recuperar mi cédula fue también recuperar un pedazo de mí mismo, y de que la verdadera batalla, la que no termina, es la de la memoria.



Regreso de la guerra

La noche del 1 de noviembre de 2020 padecimos una extraña primavera: humedad pegajosa, un cielo plomizo que no terminaba de abrirse, lloviznas intermitentes que empañaban los vidrios y un silencio raro en las calles, como si el mundo entero hubiera quedado en pausa. La pandemia todavía nos escondía, y yo aún no me acostumbraba a esa calma forzada.

Me serví una copa de Chardonnay bien frío, con mucho hielo, parte de mi ritual de los domingos por la noche, y me puse a mirar el partido de River Plate, que jugaba de visitante contra Banfield, por la primera fecha del torneo local, y perdía 3 a 1. Resultaba extraño ver por televisión un estadio completamente vacío. Ese vacío también hablaba: los gritos aislados de los jugadores rebocaban en las tribunas desiertas, un eco de otro tiempo. Aun así, el fútbol era un alivio en medio del encierro.

Solo salía de casa para comprar alimentos y para ir al Museo Malvinas. El edificio se había transformado en una fábrica solidaria. Con impresoras 3D producíamos viseras de acetato para proteger al personal médico, sanitarios y de seguridad que enfrentaban el covid en los hospitales. El resto del tiempo lo pasaba en el departamento de cien metros cuadrados. Allí también inventé una rutina: caminaba ciento cincuenta vueltas por las habitaciones, engañando al cuerpo y a la ansiedad, como si esos pasos fueran kilómetros recorridos hacia alguna parte.

Aquella noche, en medio del partido, el celular no dejó de sonar. Una y otra vez, insistente. Lo ignoré. María me miró

desde el sillón con impaciencia, pero cuando jugaba River el tiempo exterior se detenía. Lo puse en silencio y lo dejé sobre la mesa. River ganaba uno a cero.

En el entretiempo, mientras preparaba una picada, vi la pantalla llena de mensajes de Daniel, todos urgentes. Me pedía que atendiera a una periodista cordobesa llamada Alicia. Rezongué: no era el momento. Pero terminé llamándola.

—Hola, soy Edgardo Esteban. Me dijeron que estabas tratando de comunicarte conmigo.

—Hola, Edgardo —respondió con voz agitada—. Soy Alicia Panero, periodista de Córdoba, especializada en Malvinas. Quizás me conozcas o me hayas escuchado nombrar. Perdón por la hora, pero necesito contarte algo urgente.

Pensé que se trataba de algo vinculado al Museo. Le propuse hablar al día siguiente, pero entonces dijo las palabras que me dejaron helado:

—Encontré en un remate de eBay tu cédula militar de la época de soldado. Está en Inglaterra.

El silencio se volvió más espeso que la humedad de esa noche. Apoyé la copa en la mesa. Sentí un viejo zumbido en el oído, el mismo que me había dejado sordo aquella madrugada en Sapper Hill, cuando la onda expansiva de un proyectil me lanzó contra el suelo. La periodista seguía hablando con cuidado, pero ya no la escuchaba. Solo repetía en mi cabeza: ¿Mi cédula militar? ¿Después de cuarenta años?

Ni siquiera la había dado por perdida. ¿Quién me la había quitado? ¿Cómo había viajado hasta un remate en el Reino Unido?

Con la ayuda de María entramos a eBay. Buscamos hasta que apareció la imagen: mi rostro rapado y serio, de marzo de 1981. La foto de ingreso al servicio militar, cuando me entregaron ese cartón blanco con mi nombre y mi grupo sanguíneo. Ahí estaba yo, con una mirada dura y desamparada: el gesto vacío de quien parte sin saber si volverá, sin imaginar que el destino lo llevará al infierno de la guerra.

Esa noche, frente a la computadora, sentí que todo mi pasado me golpeaba de una sola vez: la muerte de mis padres, los días en Malvinas, los compañeros caídos, los suicidios de la posguerra, la depresión, el periodismo, mis hijos, mi nieta, María, todo junto. En el centro, esa cédula perdida que de pronto encendía la memoria del archipiélago.

Me quebré. Lloré como un niño de nueve años. Lloré como el día en que murió mi madre. Lloré por los que no volvieron, por los que se fueron después en silencio, por la herida que ni cuarenta años después había terminado de cerrar. Esa foto era también mi identidad, arrancada en la guerra y devuelta de la forma más impersonal y absurda: un remate digital.

Verme con solo dieciocho años fue revivirlo todo: el barro, las balas trazantes, la sangre en el cuello, el miedo constante. La sensación de que el enemigo no solo te arrebata un documento, sino también el nombre, la voz y la historia.

La guerra volvió sin pedir permiso. Y con ella, la certeza de que estaba por comenzar una nueva batalla: la batalla por recuperar mi identidad.

MAREA
EDITORIAL



Volver a empezar

Después de aquella llamada, mi vida ya no fue la misma. El partido quedó en silencio en la pantalla como un telón de fondo que había dejado de importar. Durante varios minutos permanecí inmóvil con el celular todavía en la mano. Intenté recordar dónde había quedado aquella cédula militar, pero la memoria se volvió un laberinto. Cuarenta años se comprimieron en un instante. Volvieron los proyectiles, el olor a pólvora, el miedo a morir. ¿La olvidé en el pozo de zorro? ¿Se me cayó en la turba helada? ¿Me la quitaron cuando subimos como prisioneros al buque *Canberra*?

Aquel domingo dejó de ser un día cualquiera. La llamada de Alicia me devolvió a Malvinas en medio de la pandemia y lo cubrió todo: el encierro, la rutina, el partido, la calma impostada de esos días de cuarentena. Me asaltaron preguntas que dolían: ¿cómo algo tan íntimo, tan mío, una parte de mi identidad, podía estar en venta, convertido en un trofeo de guerra?

Volví a entrar una y otra vez a eBay, como en una pesadilla. Allí estaba. La pantalla me devolvía una imagen que me golpeó el pecho: yo, pelado, con el uniforme, apenas dieciocho años. La cara seria, endurecida por el frío, perdida en una mirada sin horizonte. Era mi foto de ingreso al servicio militar. Me vi y no me reconocí. Esa cara era la mía, pero también la de un extraño. El impacto fue brutal.

Como en un túnel del tiempo, regresaron escenas que creía dormidas: el asesinato de mi padre, cuando era apenas un



ANEXO DE FOTOS Y DOCUMENTOS



Edgardo Esteban desembarcando en Malvinas, 1982.





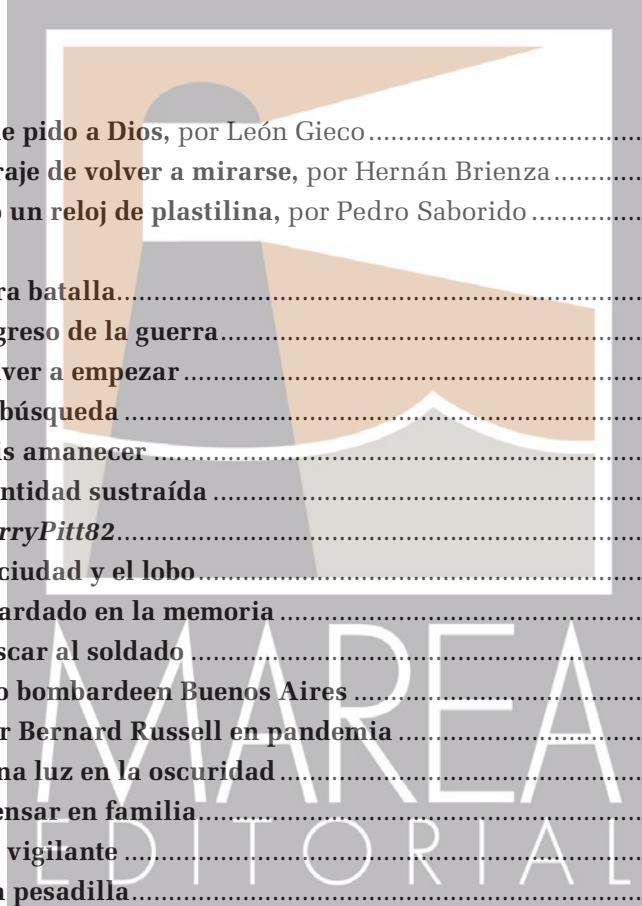
Fotografía de la cédula militar de Edgardo Esteban, recuperada luego de cuarenta años.

Detalle de lote subastado, con billetes argentinos, fotos de soldados argentinos tomadas en Malvinas y la cédula.





ÍNDICE



Solo le pido a Dios , por León Gieco	9
El coraje de volver a mirarse , por Hernán Brienza	13
Como un reloj de plastilina , por Pedro Saborido	17
La otra batalla	21
1. Regreso de la guerra	23
2. Volver a empezar	26
3. La búsqueda	28
4. Gris amanecer	31
5. Identidad sustraída	34
6. HarryPitt82	39
7. La ciudad y el lobo	43
8. Guardado en la memoria	45
9. Buscar al soldado	49
10. No bombardeen Buenos Aires	53
11. Sir Bernard Russell en pandemia	57
12. Una luz en la oscuridad	61
13. Pensar en familia	66
14. El vigilante	69
15. La pesadilla	72
16. La pregunta	75
17. El coleccionista	79
18. Barrilete cósmico	83
19. Dios de los infiernos	87
20. Parsifal en la pandemia	91
21. La credencial	96

22. El principio del fin	100
23. Marginación y olvido	103
24. El reflejo	106
25. La que sostiene	109
26. Tiempo de justicia	113
27. ¿Dónde está <i>HarryPitt82</i> ?	117
28. El eco de la prensa	120
29. El depósito de YPF	122
30. La revelación	126
31. La negación	129
32. Adiós a las armas	133
33. La caída	137
34. Un León en Malvinas	140
35. El campo de prisioneros	143
36. La Convención de Ginebra	146
37. La vida pasa	150
38. El retorno	153
39. No rendirse al silencio	156
40. Repercusión internacional	159
41. Frente a Sinclair	163
42. El origen del lote	168
43. Prisioneros a bordo	171
44. El hilo de la memoria	175
45. La obstinación	179
46. Un nuevo despertar	181
47. El trofeo	185
48. La cultura y la espera	187
49. El piano	191
50. La subasta	193
51. Johnny me enseñó a hablar	195
52. Pepe Piojo	199
53. Las cosas que llevamos	202
54. El reflejo en el vidrio	206
55. Malvinas nos une	208
56. El coleccionista y el memorioso	210

57. Los cuarenta	212
58. El puerto sin pan	215
59. Diálogo con el correo	218
60. Pisar Malvinas	220
61. Polvo en las vitrinas	225
62. El reclamo final	228
63. La llamada	231
64. La visita de Scotland Yard	235
65. La segunda llamada	238
66. La entrega	240
67. El río que horada	244
68. La prueba y la hoguera	246
69. Jamás serás un hombre	249
70. Volver a vivir	252
EPÍLOGO. Malvinas en el Vaticano	257
POST-SCRIPTUM. No todo es barro	261
ANEXO DE FOTOS Y DOCUMENTOS	269
AGRADECIMIENTOS	275

MAREA
EDITORIAL

Esta edición de
La última batalla
se terminó de imprimir en Buenos Aires Print,
Pte. Sarmiento 451, Lanús, Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2026.

A 50 años del golpe cívico militar, seguimos diciendo:
Memoria, Verdad y Justicia.

MAREA
EDITORIAL